

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?». Respondió Jesús: «El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos». El escriba replicó: «Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Hoy se nos presenta uno de los pasajes más poderosos y fundamentales del Evangelio. Aquí, Jesús nos revela el núcleo de la fe y la práctica cristiana: el mandamiento del amor. En este breve intercambio con un maestro de la ley, Jesús resume toda la Ley y los Profetas en dos sencillas y profundas instrucciones.

Amar a Dios. Jesús empieza citando el “Shemá”, la declaración central en la fe judía: "Oye, Israel. El Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas." Este mandamiento es una llamada a una devoción total. Nuestro amor a Dios debe ser integral, abarcando todas las facetas de nuestra existencia: emociones, espíritu, intelecto y acciones. No admite divisiones ni reservas.

Amar al Prójimo. El segundo mandamiento, "Ama a tu prójimo como a ti mismo", está inseparablemente ligado al primero. No podemos amar a Dios verdaderamente sin amar a nuestro prójimo. Este amor es práctico y activo, no meramente sentimental. Nos desafía a cuidar, respetar y actuar con esa misma caridad hacia los demás.

La Prioridad del Amor. El maestro de la ley resalta una verdad profunda: el amor está por encima de las prácticas religiosas externas. Dios valora un corazón lleno de amor y compasión, más que cualquier otro tipo de ofrenda.

La respuesta de Jesús: "No estás lejos del Reino de Dios." Esta afirmación subraya que no se trata solo de conocer la ley, sino de encarnarla en nuestra vida diaria. Eso es lo que nos hace entrar en el Reino de Dios.

En un mundo lleno de divisiones y conflictos, estos mandamientos son más relevantes que nunca. Amar a Dios por encima de todo y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, es ahora el fundamento de una vida humana auténtica.

Pidamos a la Virgen Santísima que nos guíe en ese camino de conversión personal y comunitaria, donde el amor de Dios guíe cada día nuestras decisiones y acciones más cotidianas. Así, estaremos verdaderamente viviendo esa entrada en el Reino de Dios, aquí y ahora. Por eso rezamos: “Venga a nosotros tu Reino”.